

Las Malvinas, lucha anticolonial

DEMETRIO BOERSNER

La recuperación de las Malvinas por la Argentina mediante el empleo de la fuerza constituye un claro caso de liberación anticolonial. Las islas pertenecieron a España en el momento de producirse la rebelión independentista de las Provincias del Río de la Plata; por lo tanto, con base en el "uti possidetis" de 1810, son argentinas. Inglaterra las arrebató en 1833 y las ha ocupado ilegalmente desde entonces. Las Naciones Unidas, en sus esfuerzos por promover la descolonización completa, claramente han afirmado que las Malvinas deben pertenecer a la nación argentina y que sus 1.800 habitantes de nacionalidad británica no constituyen un pueblo y no tienen derecho a autodeterminación. Ello ha sido reafirmado por el Consejo de Seguridad de la organización mundial en su resolución 502, no obstante el hecho de que ésta, en otras de sus partes, condena el acto de fuerza argentino. La ONU reconoce el derecho de soberanía de la Argentina sobre las Malvinas y repudia tan sólo el **método** utilizado por la nación sureña para hacer valer ese derecho.

Pese a todo ello, y en flagrante desafío a lo que parece ser el espíritu de la resolución del Consejo, el Imperio Británico despachó una enorme escuadra naval en una expedición anacrónica, que recuerda los días de la Reina Victoria, y comenzó a tratar de reconquistar sus colonias a sangre y a fuego. Las naciones de la Comunidad Europea, generalmente comedidas y moderadas en sus decisiones internacionales, y los Estados Unidos, no obstante sus compromisos con lo que las buenas almas denominarán el "sistema interamericano" (para no llamarlo sistema imperial norteamericano), han respaldado incondicionalmente la agresión recolonizadora inglesa. El

Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y la propia Doctrina Monroe parecen ser letra muerta.

Y el Tercer Mundo, que debería lógicamente estar en su totalidad al lado de la Argentina en su lucha contra el colonialismo agresivo, se encuentra dividido y lleno de vacilaciones ante el caso.

¿Qué ha pasado? ¿A qué se debe la brutalidad extrema de la represión colonialista, y a qué se deben las vacilaciones del Tercer Mundo? ¿Cuáles son las perspectivas futuras para las Malvinas, y cuál es el previsible impacto del conflicto sobre la evolución del sistema internacional? Trataremos de responder parcialmente —y sin duda en forma imperfecta y siempre discutible— a esas interrogantes.

REACCION EXTERNA

Ha habido otros casos de desafío, por parte de países de la periferia, de la voluntad de los centros dominantes, sin que la reacción represiva haya sido siquiera remotamente comparable con la que tuvo Inglaterra, junto con sus aliados y amigos, hacia la Argentina en el asunto de las Malvinas.

En 1956, es cierto, cuando Nasser osó nacionalizar el Canal de Suez doce años antes de la fecha indicada en el convenio de 1869. Inglaterra y Francia cayeron como lobos feroces sobre Egipto, y la habrían aplastado de no ser que los Estados Unidos, **aquella vez**, los frenaron y defendieron el derecho del gobierno de El Cairo a apresurar la descolonización. En cambio, en la oportunidad de la ocupación militar de Goa (colonia portuguesa) por la India el 17 de noviembre de 1961, la ocupación militar indonesia de Irán Occidental en 1962 en detrimento de Holanda, y sobre todo en el caso de Rho-

desia (Zimbabwe), el Occidente no se movió. En el último de los citados problemas, se produjo una rebelión de los colonos blancos racistas contra la Corona Británica el 11 de noviembre de 1965. El 3 de diciembre, las Naciones Unidas oficialmente pidieron a la Gran Bretaña que enviara tropas para derribar al régimen ilegal y reasumir sus poderes coloniales hasta tanto se lograra una fórmula independentista democrática. Pero la Gran Bretaña, con increíble mansedumbre, aguantó las rebeliones, los desafíos y los insultos de los hombres de Ian Smith: Allí se trataba de gente anglosajona, y además muy vinculada a consorcios mineros transnacionales.

En el caso de las Malvinas, la reacción imperialista ha sido tan desmedida por diversos motivos.

En primer término, la Argentina es una nación suficientemente fuerte y desarrollada como para inquietar a los poderosos. Su potencial militar, tecnológico, científico y económico no es de categoría meramente tercermundista, sino que puede ser clasificada en un nivel intermedio entre el primer mundo y el tercero. (Las propias élites conservadoras de la Argentina, por cierto, habían dicho con insistencia que no se consideran como parte del conjunto de los subdesarrollados, sino como miembros del club de los blancos occidentales.) Al actuar contundentemente contra el Imperio Británico y desafiarlo en el plano militar, la Argentina amenazaba con cambiar la **estructura** del poder en escala mundial. Su ascenso, y una eventual victoria militar y naval sobre los ingleses, significaría que la hegemonía de los Grandes tradicionales quedaría cuestionada. Junto con la nación rioplatense, el conjunto de los países de "clase media" en la

sociedad internacional se sentiría alentado a tomar su destino —y el de sus seguidores tercermundistas— en sus propias manos.

El temor ante el ascenso de Argentina como típica potencia mediana, en detrimento de los cinco grandes del Consejo de Seguridad, se agravó en el ánimo de europeos occidentales y norteamericanos por el hecho de que la ciencia y la tecnología argentinas se hallan en el umbral de la etapa nuclear propia. Se sospecha que desde ya, la eventual elaboración de una bomba atómica rioplatense es sólo cuestión de poco tiempo.

Otro factor que influyó en la decisión inglesa de enviar la flota al Atlántico Sur, es el de la ubicación geográfica de las Malvinas, Georgias del Sur e islas Sandwich en una región oceánica importante desde los puntos de vista económico y comunicacional. Las mencionadas islas generan aguas territoriales y plataformas submarinas y pueden jugar un papel en un futuro reparto de los recursos marinos y submarinos. Esos recursos incluyen el petróleo, el krill y los nódulos de ferromanganeso. Por otra parte, las islas pueden ser significativas como puntos de escala en la ruta hacia la Antártida con sus cuantiosas y variadas riquezas naturales.

La posición política precaria del gobierno conservador de la señora Thatcher también tendió a inducirla al envío de la flota. Para recuperar su prestigio perdido, quiso ratificar su condición de "Dama de Hierro" y de heredera de la tradición imperial.

EL APOYO DE LA COMUNIDAD EUROPEA

Los países socios de la Gran Bretaña en las Comunidades Europeas se apresuraron en otorgar su respaldo incondicional y completo a ese país, en una unanimidad instantánea y sorprendente. Ni en el caso de Afganistán, ni en el de Polonia, la Comunidad había reaccionado en forma tan monolítica e inmediata.

Fue una reacción extrema-

damente torpe, como ahora están comenzando a notarlo autocríticamente los Estados de la Comunidad Europea. Muy bien hubieran podido asumir una actitud distinta: una de esas actitudes matizadas y sutiles que los diplomáticos del Viejo Mundo dominan tan bien, de combinar el apoyo a los ingleses con esfuerzos de mediación o el ofrecimiento de buenos oficios para algún otro tipo de solución pacífica.

Por una parte, la actitud de la CE se debió al instinto neocolonialista que todavía llevan arraigados los dirigentes europeos, y el convencimiento —idéntico al de los líderes británicos— de que había que defender la estructura de poder existente, basada en la hegemonía de los países industrializados del Norte.

Por la otra, los gobiernos de la CE quisieron demostrar a la Gran Bretaña **lo útil e importante que puede ser para ella el respaldo de la Comunidad en caso de crisis**. De ese modo, esperan fortalecer el compromiso inglés con la CE, y disuadir a los laboristas de continuar exigiendo la salida del Mercado Común.

En tercer lugar, los demócratas europeos de centro izquierda —socialdemócratas o socialistas— sienten una fuerte antipatía contra la dictadura argentina, y con toda sinceridad repudiaron lo que les parecía ser nada más que una jugada fascista para distraer la atención del pueblo argentino de sus problemas internos hacia un conflicto exterior. En forma simplista y que demuestra su ignorancia básica de la realidad latinoamericana, establecieron una analogía entre la acción armada de Galtieri para recuperar las Malvinas, y los actos de agresión y expansión cometidos por Adolfo Hitler hace cuatro décadas en el Viejo Mundo. Ingenuamente creyeron que las democracias latinoamericanas estarían del lado inglés, por rechazo al carácter dictatorial del gobierno rioplatense.

Ignoraron —como también Norteamérica tiende a ignorarlo— una realidad muy sencilla y grande, que es la existencia de

un sentimiento nacional de Patria Grande en el alma de todos los pueblos latinoamericanos. A diferencia de Europa, donde el nacionalismo ha agotado su etapa histórica, la América Latina y el resto del Tercer Mundo siguen constituyendo regiones semi-coloniales e irredentas, donde el nacionalismo liberador y el sentimiento de unidad patriótica por encima de clases y banderías tienen todavía plena vigencia. Nadie menos que el internacionalista Carlos Marx manifestó en 1867, que los trabajadores del mundo estarán divididos por aspiraciones nacionales y nacionalistas, y vinculados en cada país, a su respectiva burguesía, hasta tanto toda opresión y dependencia nacional haya desaparecido de la faz de la tierra; es decir, que la liberación anticolonial es una indispensable **precondición** para que pueda existir un verdadero internacionalismo obrero. Los actuales socialistas y socialdemócratas europeos son generalmente personas que leen poco y sobre todo, que no conocen a los clásicos de la teoría de su propio movimiento. De allí que ignoraran olímpicamente el hecho de que los pueblos latinoamericanos perciben la recuperación de las Malvinas, no como acto de un **régimen** de naturaleza censurable, sino como logro histórico de una **nación** que afirma sus justos derechos.

Jugaba también un rol no desdeñable en el ánimo de los gobernantes ingleses y europeos occidentales el temor de que la acción militar argentina, de tener éxito, constituiría un precedente negativo y alentaría muchas otras acciones similares en Latinoamérica, Asia y África, rompiéndose así un orden internacional en el cual los Cinco Grandes ejercen un poder de policía más o menos efectivo.

LOS ESTADOS UNIDOS EN LA ENCRUCIJADA

La mediación del general Haig falló porque Inglaterra se negó a admitir una fórmula de tipo "Hongkong" o "Panamá",

que habría consistido en la transferencia de la soberanía a la Argentina, y algún tipo de arrendamiento a la Gran Bretaña por determinado número de años. Una vez despachada la flota imperial, Londres obviamente sentía sed de sangre y se volvió más intransigente de lo que había estado años antes, en la oportunidad de las negociaciones discretas que habían realizado Martínez de Hoz y otros ministros argentinos. Particularmente, en abierto desafío a las Naciones Unidas, la señora Thatcher de pronto comenzó a insistir en un derecho de autodeterminación a través de un plebiscito o referéndum para los 1.800 colonos británicos de las islas Malvinas. La ONU, muy razonablemente, había decidido que tal derecho no correspondía a los "kelpers". Ellos son británicos establecidos en una lejana posesión de su país y en ningún sentido constituyen un "pueblo nativo", como lo son, por ejemplo, los pueblos de Guyana y de Belice, que conforman grandes masas humanas con viejas raíces en su respectivo país, y con una cultura nacional absolutamente propia y diferenciada de cualquier otra.

El presidente Galtieri y el canciller Costa Méndez, por su parte, se mostraron razonables: Con tal de no comprometer la soberanía fundamental y definitiva sobre las Islas Malvinas, estarían dispuestos a considerar las más variadas modalidades de transición.

Cuando la intransigencia británica definitivamente cerró las puertas de la mediación norteamericana, los Estados Unidos tuvieron que escoger entre, por un lado, su principal aliado occidental y, junto con él, el mantenimiento de la OTAN o Alianza Atlántica y, por el otro, el sistema interamericano, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, y la Doctrina Monroe (que sobre todo los conservadores del Norte siempre se empeñaban en defender, aunque los latinoamericanos niegan vigencia jurídica a la Doctrina). Su decisión fue rápida y clara: Optaron por la



Gran Bretaña, la alianza con Europa y la OTAN.

En esa escogencia, llegaron hasta desconocer sus obligaciones bajo el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Con motivo de un caso de una agresión extracontinental contra islas situadas dentro de los límites geográficos en los cuales el TIAR se aplica, una mayoría de dos tercios quiso invocar el instrumento, pero Norteamérica se opuso. Nunca antes había quedado tan claro, que para los hombres de Washington un tratado internacional sólo es válido si sirve a sus fines político-estratégicos de lucha anticomunista y se convierte en un mero pedazo de papel si alguien pretende emplearlo para otros propósitos.

Sorprendió también a algunos, la forma completa en que los mandatarios norteamericanos dejaron caer al aliado sudamericano más leal en lo concerniente al anti-izquierdismo y a la disposición para participar en intervenciones represivas en todo el hemisferio. Aliado que además, en el plano económico, había otorgado ventajas sin precedentes a los grupos capitalistas del Norte, siguiendo una política de puertas abiertas y condiciones óptimas

para la inversión extranjera.

Pero por el otro lado, Washington veía el peligro de que una Inglaterra despechada pudiera volverle la espalda a la alianza Atlántica. Veía la posibilidad —que pese a todo sigue siendo muy real y hasta probable— de que el gobierno conservador de la señora Thatcher cayera, para ser sustituido por uno del Partido Laborista, hoy bastante radicalizado y dirigido por un Michael Foot, de vieja vocación neutralista, partidario de la convivencia amistosa con el mundo comunista y de iniciativas de desarme unilateral. Para alejar el espectro de una Gran Bretaña neutralista, Reagan estuvo dispuesto a romper con los latinoamericanos.

Además, al igual que los británicos mismos, Norteamérica razonaba que había que mantener el sistema internacional establecido: los Grandes imponiendo patrones de buena conducta a los medianos (más peligrosos que los pequeños), y castigándolos en casos de desacato.

Reagan vió, asimismo, la posibilidad de ganar popularidad: Al igual que la izquierda democrática europea, la opinión pública liberal norteamericana detesta al gobierno dictatorial argentino, y mira el asunto única-

mente desde esa perspectiva. Conservadores y liberales se unen en el anti-argentinismo: los primeros, porque una nación "dago" (peyorativo por latino) osa alzarse contra los anglosajones, y los segundos, porque abominan la dictadura militar rioplatense y, por falta de sentido de las proporciones, la comparan con el régimen de Hitler.

Finalmente, con una dosis de cinismo lamentablemente muy realista, Washington considera que su momentánea pelea con los latinoamericanos no le costará mucho. Muy pronto las cosas volverán a la normalidad. Hoy Venezuela grita indignada, pero mañana sus "tabaratos" volverán a Miami; el petróleo venezolano continuará afluyendo a los mercados del Norte, y nuestro país permanecerá, por largo tiempo aún, en dependencia tecnológica y bajo influencia cultural y propagandística norteamericanas. Lo mismo ocurre en el resto del subcontinente. Desgraciadamente, **mientras existan nuestras estructuras sociopolíticas actuales**, el gran poder norteamericano nos puede someter a desaires y a maltratos sin que tengamos la voluntad ni los medios de responderle con la misma moneda.

EL TERCER MUNDO DIVIDIDO

Argentina no cuenta —o no cuenta todavía— con un apoyo firme y unánime del Tercer Mundo en su enfrentamiento con la Gran Bretaña.

En primer término, los países tercermundistas de la Mancomunidad Británica en buena parte son víctimas de presiones y amenazas económicas que virtualmente los obligan a acompañar a su vieja metrópoli en esta coyuntura.

Países del tercer mundo de gobierno conservador, tienen establecidas excelentes relaciones con intereses transnacionales británicos, canadienses y de los Estados Unidos, y temen cualquier cambio de la correlación de fuerzas en el mundo.

Pero también naciones tercermundistas de tipo consciente

y progresista sienten, o por lo menos sintieron inicialmente, una seria preocupación ante la acción militar unilateral de los argentinos contra las Malvinas. No sin razón —este argumento sí es importante y valedero—, tales países opinan que la legalidad internacional, y sobre todo el principio del arreglo pacífico de las divergencias entre naciones, constituyen la mejor defensa de los débiles contra los fuertes. Las Naciones Unidas, como expresión de la auténtica mayoría de la humanidad (mayoría ex-colonial y en vías de desarrollo), defienden el acato a las normas del Derecho Internacional vigente, y sobre todo el principio de no recurrir a la fuerza hasta tanto estén agotadas todas y cada una de las posibilidades de solución no violenta. Argentina debilitó un principio que protege a los pequeños contra abusos de los grandes naciones dirigentes del Tercer Mundo, como la India y Argelia.

POSIBLE DESENLACE

A medida que el conflicto se alarga, Argentina tiende a fortalecerse más, mientras que Inglaterra se debilita. El tiempo favorece a la nación del Sur.

Desde el punto de vista militar, Argentina tiene grandes ventajas logísticas. Sus líneas de comunicación son cortas, mientras que las de Inglaterra son inmensamente largas. El costo económico y las dificultades técnicas son menores para los argentinos que para los británicos.

En lo político, la continuación de una lucha **defensiva**, como es la actual de la nación argentina, tiende a unificarla cada vez más. En cambio, la opinión pública británica cada día más se está tornando en contra de su gobierno y de su política agresiva. Asimismo, los países de la

Comunidad Europea, que inicialmente estaban firmes al lado de la señora Margaret Thatcher, están comenzando a vacilar y a reconsiderar su posición.

El Tercer Mundo, viendo cada día más una realidad muy sencilla y grande, de lucha anticolonialista de un país mediano y en desarrollo, contra una gran potencia imperialista, tenderá a olvidar en gran medida sus preocupaciones iniciales y a cerrar filas en torno a la Argentina.

(Una excepción la podrán seguir constituyendo algunos países angloparlantes del Caribe, temerosos de que Venezuela y Guatemala podrían sentirse tentados a atacar a Guyana y Belice. Sería de enorme importancia que las fuerzas democráticas y populares de Venezuela en particular, presionaran en favor de pronunciamientos y garantías firmes y convincentes en el sentido de que **no vamos a intentar la recuperación por la fuerza de Guayana Esequiba, porque se trata de un caso enteramente distinto al de las Malvinas, en vista de que allí sí existe una nación que no es moralmente responsable de los actos rapaces de sus ex-amos coloniales.**)

La única forma en que el gobierno inglés podría salvarse y triunfar en este conflicto, sería por la exitosa invasión y toma de las Malvinas. La operación de desembarco costaría un número grande de vidas, y es dudoso que la señora Thatcher quiera asumir la responsabilidad de ello ante la opinión pública, ya crítica y más bien hostil, en su país.

En Argentina misma, por más que la dictadura inicialmente tomó las Malvinas para salvar su prestigio y mantenerse en el poder, parece ser que la lucha nacional defensiva está generando de hecho una enorme participación popular en decisiones e iniciativas, y el efecto global tenderá a ser democratizante. Después del conflicto, Galtieri podrá ser héroe nacional, pero no podrá evitar el reemplazo del régimen militar por un gobierno más amplio, más representativo y más popular.

